

con siete albarradas de seis varas de ancho y más de dos de alto», donde indios innumerables se mantenían á la defensiva.

Alvarado diciendo: "esto ha de ser así", echó pie á tierra, espada en mano, y embrazando la rodela, seguido por los suyos en igual disposición; mas no bien hubieron andado algunos pasos cuando los fortificados indios llovieron sobre ellos tanta piedra que se vieron los espa-

aqueellos montes los españoles, seguidos de la terrible gente natural y estorbados en su fuga por las escabrosidades del fragoso terreno, unas veces tropezando con los nopales, magueyes y matorrales y otras hundiéndose en los barrizales. Un soldado, llamado Baltasar de Montoya, iba delante de don Pedro arreando su caballo y no era de los más remisos en la fuga, cosa que éste ya varias veces le había reprendido, por no haber cosa que



Resbaló y rodó la cuesta abajo.

ñoles en riesgo de quedar por ellas sepultados, si no se retiran tan de ligero, como que en sólo esta acometida trasladaron los indios sobre los españoles por el aire toda la primera albarada. Tan formidable fué la defensa, que los asaltantes ya no cuidaron sino de huir, temerosos de verse envueltos y deshechos por la espantosa muchedumbre de sublevados que poblaba el aire con sus voces, silvos alaridos y relinchos, no menos que de piedras y flechas.

A toda priesa, pues, iban corriendo por

más aborreciera que los hechos cobardes. Alvarado iba á pie y al trepar "una cuesta muy pendiente y peligrosa, que hoy se ve en la cañada llamada de las huertas, antes de llegar á Yahualica", como el de Montoya castigase á su montura más de la cuenta, aquélla resbaló y rodó la cuesta abajo.

El Adelantado que la vió venir en su derecha quiso ponerse en salvo á un lado "más como el caballo venía tumbando de muy alto, traía mucha furia y presteza, dió un gran golpe en una peña